

Historia comparativa de los principales sistemas de la filosofía

(Lección inaugural)

Julio Enrique BLANCO

Nota de la Redacción.—De una comunicación particular extractamos esta breve exégesis del autor sobre el contenido de esta primera lección de su *Historia Comparativa de los sistemas principales de la Filosofía*:

“Si no se considera la deficiencia de estilo de mi lección, y si se mira sólo el contenido o doctrina de ella, es lo que debe publicarse ante todo, en el caso de que usted desee publicar posteriormente algunas de mis otras lecciones sobre la historia de la filosofía. Yo enuncio allí, según me parece, puntos de vista no enunciados por nadie todavía, para la interpretación de los sistemas principales del pensamiento filosófico. Y como en tales puntos de vista se basan, justamente, mis interpretaciones, conviene que se conozcan de antemano, para que después puedan comprenderse bien mis conclusiones. Verdad es que, por la dureza de expresión de estos primeros esbozos, que así aparecen bajo la forma en que primitivamente los escribí, aún sin pulimento alguno, mi citada lección puede desconcertar. Pero quienquiera que, sobreponiéndose a los defectos de estilo, insista en leer y releer lo que allí dejo expresado, encontrará la compensación en el significado, percatándose de los alcances que tiene lo que digo.

“El ensayo filosófico y metafísico en que estoy empeñado, no sólo en mi comprensión integral y crítica de la historia de la filosofía, sino en el lineamiento propio de la metafísica, se encuentra, pues, —lo reconozco— ante esta dificultad de dominar formas rudas de la expresión primitiva. Esta dificultad se da para mí principalmente porque, no buscando yo una mera álgebra de fórmulas filosóficas y metafísicas, sino un verdadero discurso de interpretación y judica-

ción de la existencia, quiero discurrir, en vez de fijarme, sobre las formas condicionales de los hechos de esta misma existencia, para andar, marchar, fluir con ellos. Buscando así pues, no un tratado de fórmulas muertas, estáticas, sino un discurso vivo, dinámico de las formas, ideas, arquetipos, noemas y categorías que incesantemente se están aplicando a la existencia que de continuo se está haciendo, mi gran dificultad está en encontrar el estilo adecuado para la expresión que perfectamente corresponda a esto que así busco. Cómo en efecto expresar satisfactoriamente lo que mi conato filosófico y metafísico querría ser, la vivencia misma del escudriñamiento y la captación de las formas abstractas de la inteligencia en su incesante aplicación generante y constituyente del existir, una expresión que establezca sin fijar, pero precisando bien en su dinámica, estas mismas formas? En todo lo que hasta aquí he publicado se nota esa dificultad, que aún no he podido vencer y que soy el primero en reconocer”.

I

Preliminares.

Tal cual voy, en el presente curso, a comprender y exponer la historia comparativa de los sistemas, —los principales— de la filosofía, esta historia debe entenderse, tanto por su asunto cuanto por su objeto, como una *propedéutica* para la metafísica: para la metafísica cual sabiduría la más esencial de los primeros principios de las cosas. En efecto, ya el hecho de que yo venga a exponer, según se verá a lo largo de todo este curso, *comparativamente* los sistemas que he de considerar a través de su suceso —que bien puede llamarse *crecimiento*— histórico, desde un punto de vista que me permito anticipar como *arquetipológico*, me sirve para justificar ahora la finalidad de propedéutica para la metafísica que asigno a mis lecciones. Pues la metafísica es, —o debe ser,— una ciencia que trata de los primeros principios de la existencia; y si estos principios en una comprensión global son los que pueden designarse como *ontogónicos*, o de la producción del sér; como *fisiogónicos*, o de la producción de la naturaleza; como *biogónicos*, o de la producción de la vida; como *gnoseogónicos*, o de la producción de la conciencia; como *historiagónicos*, o de la producción de la historia; claro es que entre ellos deben darse también los *tipogónicos*, o de la producción de los tipos, —especialmente de los tipos ya perfectos,— de la humanidad. Y puesto que estos tipos ya perfectos de la humanidad son justamente los filósofos verdaderos, que entonces tienen que mostrarse como realizaciones de arquetipos ideales; al tratar de ellos, ya se trata, implícitamente, de una manera preparatoria, de principios metafísicos del sér y, por eso mismo, de una parte de la metafísica. La relación de los filósofos auténticos a aquellos arquetipos es ya, así, efectivamente una relación arquetipológica y, por consiguiente, una relación a los principios metafísicos de los hombres en cuanto tienden a

ser entes perfectos, es decir, filósofos. Y en consecuencia la historia de la filosofía, como historia de los sistemas de cada filósofo verdadero, es una historia de la realización de aquellos arquetipos en los hombres como entes o seres ya perfectos, luego una historia de la relación incesante que se da entre la existencia física y la esencia metafísica de la humanidad, historia que, por eso mismo, es lo que mejor prepara a la ciencia de los primeros principios, es, repito, la metafísica.

Desde este punto de vista puedo anunciar también que en mi curso voy a exponer la historia de la filosofía en función constante de una arquetipología que tácitamente quedará siempre sobreentendida; y que así vendré a presentar cada filósofo, con su sistema, como la realización práctica, —a la vez que teórica,— de un *prototipo* de humanidad que sólo se ha logrado muy escasamente, —demiurgos, artifices, técnicos de las más altas realidades,— de arquetipos cuya idealidad es como una potencialidad inagotable del perfeccionamiento humano; realización que desde ahora asimismo presento como la culminación sintética de la infinita multiplicidad de los procesos ontogónicos.

Por otra parte, avanzando en lo que aquí tengo que enunciar, digo, aunque en el sentido que vengo exponiendo, los sistemas que ya existen de la filosofía son lo que constituye el asunto por considerar en un curso como el presente, y que el objeto o finalidad de éste tiene que consistir así en la búsqueda de un sistema integral, —a cada momento totalitario, pero también a cada momento de nuevo infinito,— que sea ya como el sistema de todos los sistemas que precisamente se dan hasta dicho momento; pues tal es, efectivamente, el sentido en el cual he sugerido que el *suceso cronológico* de los sistemas de la filosofía pueden y deben comprenderse como un *crecimiento ya histórico* y, por ende, como una *organización historiagónica*, ya que de ese modo es como pueden integrarse y de hecho se integran en la unidad creciente, orgánica superiormente que es la historia. Pero sobre este punto necesito dar, antes de proseguir, una aclaración más precisa.

Ya la filosofía en sí misma, —cualquier filosofía auténtica,— y, con mayor razón, la enseñanza de ella, tiene que consistir siempre en la excitación y estimulación de la conciencia del sér y del planteamiento de todas las cuestiones que este sér posteriormente implica sobre sí mismo, para hacer que se busque solución a estas cuestiones; y que se busque, en verdad, de modo que cada filósofo pueda intentarlo por sí, o como por propia cuenta, es decir, de tal suerte, que cada sujeto de aquélla se base en la propia experiencia de todo esto. Si no fuera así, y si no se procede así, no se podría lograr jamás que la filosofía surgiese como ya ha surgido, a saber, como una sistematización que progresa más allá del mero espíritu, exactamente de la misma manera que ya cada espíritu se presenta, a su vez, como la sistematización que ha progresado más allá de las meras conciencias, integraciones a su turno sistemáticas de formas de la inteligencia y de datos de los sentidos. La aclaración consecuente de ello es que, entonces, la filosofía no puede considerarse más como una producción al azar, ni mucho menos, —como algunos pretenden— cual una quimera, o utopía, pasatiempo fantástico, invención arbitraria, sino, al contrario, según voy a tratar de demostrarlo, como lo que realmente es: un resultado necesario que

obedece a una lógica indefectible, a una metafísica esencial en la gnoseogonía de nuestra existencia, *para el progreso del sér en el saber*. Así, de la misma manera que cada conciencia particular del existir tiende a integrarse en una mente que le asigna su valencia, por decirlo así, para que sistemáticamente, con tales integraciones, se constituya el espíritu; de la misma manera cada espíritu tiende a integrarse en una sabiduría que igualmente le asigna su valencia, para que sistemáticamente, con tales integraciones ulteriores, se constituya una filosofía. Y es que en el progreso del sér a que me refiero, el espíritu no termina en el espíritu, como la conciencia tampoco termina en la conciencia. No, al contrario, la conciencia se prolonga en el espíritu, como el espíritu se prolonga en la filosofía, y como la filosofía se prolonga en el sistema que se hace integral, totalitario a cada momento, pero a cada momento de nuevo infinito, de todos los sistemas que así ineludiblemente, por una necesidad indefectible de la ontogonía que avanza en la gnoseogonía para avanzar hacia la historiagonía, van resultando. Y la aclaración así redundante en esta conclusión: que la filosofía así se explica fundamentalmente por su causa interior, esencial y final, no por la causa exterior, accidental, caprichosa de la legendaria explicación anecdótica que a la manifestación de ella en el espíritu humano atribuyera Pitágoras cuando, según Diógenes Laercio, de phil. vitis, VIII, 1, 6, declaró a León, tirano de los filiasios, porque era filósofo.

Así, pues, por una inexorable necesidad, —aunque todavía no se cumpla para todos los espíritus humanos,— es por lo que resulta la filosofía, de cada sistema que viene a constituir una valoración superior de éstos en cuanto en ellos se cumple dicha necesidad. Pero hay, además de esta integración sistemática de los espíritus que de ese modo vienen a constituirse en los sistemas, una tendencia natural, también necesaria como vengo diciéndolo, de cada sistema a integrarse, por lo que adquiere de constante o permanente, en otro sistema aún mayor, —infinitamente mayor,— que viene a ser precisamente el sistema de todos los sistemas a que asimismo vengo refiriéndome: el sistema, repito aún, que siendo a cada momento totalitario, comienza a ser en seguida de nuevo infinito. Pues aunque ciertamente cada sistema, —como resultado necesario que es del espíritu ya superior que se produce en él,— tiene que ser original y particular, expresión por consiguiente de una personalidad, razón por la cual tiene también que diferenciarse de los demás, hasta el punto de producirse cada uno, según se puede comprobar fácilmente, como antagónico más bien que como conciliatorio; aunque es así, sin embargo en su fondo mismo, y por la raíz de donde arrancan, todos contienen gérmenes de verdades comunes, generales; partículas de *universalidad*, esto es, motivos de tendencias a la *unificación* que hace precisamente posible la sistematización; tanto, que desde este último punto de vista, —el de las analogías de los sistemas ya existentes,— a pesar de sus también inevitables antagonismos, los sistemas se hacen conciliables; conciliables, entonces, en lo *universo* o *pre-dispuesto*, —tendido, tendiente a lo uno,— que precisamente los obliga, —*obliga*,— a integrarse sistemáticamente en el sistema que por fin viene a ser totalitario en cada uno de sus momentos, pero jamás finito, de todos los sistemas que hasta dicho momento se han dado; así como desde aquel otro punto de vista, —el de los antagonismos también inevitables,— al reducirse a síntesis compa-

rativas de las múltiples y multiformes manifestaciones de cada sistema, tienden a resolverse en síntesis ya unitivas de las oposiciones; todo lo cual es lo que entonces viene a presentar, en sus preliminares, el asunto y el objeto, como si se tratara de precisarlo, de un curso como el presente, que así es como tiene que preparar a la metafísica, que culminación de este mismo sistema de todos los sistemas, —sabiduría perfecta de los primeros principios de las cosas,— entonces será lo que podrá explicar cabalmente cómo y por qué todo esto ocurre así.

En desenvolvimiento de estas ideas fundamentales que enuncio en preliminar es, pues, como me propongo hacer el presente curso de historia comparativa de los sistemas principales, —quiero decir los verdaderamente ejemplares, que son los que en realidad se integran o pueden integrarse sistemáticamente entre sí,— de la filosofía, ya que así ha de ser como podré comprender y exponer no sólo lo que es asunto de este curso, sino el objeto o finalidad que tiene; asunto y objeto que así han de servirme, a un tiempo, y según se vayan presentando, para establecer los momentos o jalones que se suceden y organizan en esta tendencia necesaria, indefectible a la conciencia a sistematizarse en espíritu, del espíritu a sistematizarse en filosofía, de la filosofía a sistematizarse en sistemas particulares como unidades integrantes de otro superior siempre creciente, —siempre por hacerse y jamás finito. Pero sólo adelante diré cómo es que, para el logro de esta finalidad, se da la razón que es la causa promotora del proceso que así culmina; razón por la cual se verá que si la filosofía tiene que comprenderse en el orden de los hechos mentales, y surgente de éstos, implica algo más, mucho más que los meros principios por los cuales psicológicamente se explican dichos hechos: la razón pura, en suma, que bajo la especie eterna de un logos anacrónico, —permítaseme la expresión,— se cierne sobre todas las conciencias, sobre todos los espíritus y sobre todos los tiempos en que éstos se producen justamente para imponer su orientación, dirección, orden hacia la culminación en la filosofía. Ahora sólo quiero insinuar, con ello, cómo y por qué cada una de las épocas y cada uno de los períodos en que puede dividirse y subdividirse el tiempo ya históricamente transcurrido de la filosofía, influyen y confluyen en esta corriente de lo que dura y perdura para resumirse en estas etapas superiores del ser que alcanza hasta el saber, como lo que positivamente vale y se perpetúa. O, repitiendo aún: con lo que así desco insinuar quiero que se comprenda desde ahora que la historia comparativa de los sistemas principales, verdaderamente ejemplares de la filosofía, debe ser no sólo una exposición de por qué se han producido y cómo se han logrado dichos sistemas, sino un análisis y una crítica que sirvan para apreciar los alcances que éstos tienen para la verdad siempre progresiva, luego siempre nueva, del sistema integral que tienden a constituir para preparar a la metafísica como ciencia suma de esa misma verdad; de suerte que con la comprensión de esto, que así viene a ser, además, el asunto y el objeto propios de la historia comparativa de los sistemas perdurables de la filosofía, ya como parte inferior, pero no por eso menos significativa, para dilucidar la gestación de cada uno de ellos tengo que añadir que es asimismo indispensable considerar lo que ha sido la personalidad y el carácter de cada autor de sistema, puesto que, al hacerlo así, aparte de que con ello mostraré la razón individuada

que allí ha obrado, mostrando con ello mismo la influencia de la época o período, mostraré el predominio o prevalencia, el ascendiente que la personalidad y el carácter de cada filósofo han tenido en la formación y expresión de su sistema, sobre el momento que resume y que por él se rezuma, social y política, cultural e históricamente.

Lo que he de exponer en este curso tiene, pues, que razonarse sobre la base de estas ideas fundamentales que aquí enuncio como preliminares, y no podría, tampoco, demostrarse de ninguna otra manera. Pues si la filosofía en sí misma, propiamente hablando, se da ya como una prolongación reflexiva de las consideraciones que racional e inteligentemente han venido dándose, y siguen dándose, de la existencia en general, no sólo para integrar todas estas mismas consideraciones en sistemas a cada momento integrales de ellas, sino para inducir por estas integraciones a sistematizaciones ulteriores, totalitarias siempre, pero jamás finitas; claro es que ella no puede exponerse para demostrarse como lo que es y explicarse cabalmente, de otra manera que en discuriendo, razonando su hecho sobre las ideas que vengo tratando de prefijar.

Pero si es así, séame lícito resumir ahora, para terminar esta parte preliminar, lo que acabo de enunciar, ya que es repitiendo por medio de resúmenes, según creo, como mejor se pueden inculcar siempre las nociones generales y abstractas que se razonan para establecerse justificativamente como principios explicativos. Una vez más debe entenderse así, pues, que dado el asunto de la historia comparativa de las filosofías o sistemas principales de éstas, el objeto o fin de dicha historia está en preparar a la metafísica como ciencia la más alta de los principios esenciales de todas las cosas y de todos los conocimientos verdaderos; ciencia que, viniendo a componerse así por sujetos cognoscitivos y objetos conocidos, ha de explicarse a sí misma no sólo por lo que es materia o contenido sensible, sino además y principalmente por lo que es forma o sustancia inteligible de ella: no sólo por lo que es cosa, sino por lo que es idea; no sólo, pues, por lo que en otros términos es existencia fija, estática, sino por lo que es categoría dinámica, motora del proceso general del sér; proceso del sér que se da, como ya puede vislumbrarse, por series que, precisamente después de haber pasado por todas las fases cognoscibles de lo físico, vienen a culminar en las fases superiores de lo psíquico que constituye a las conciencias que se integran en los espíritus y se prologan sistemáticamente en filosofías; ciencia en suma de los procesos ontogenéticos en general que culminan en los procesos gnoseogenéticos universales. En otros términos aún, una vez más debe entenderse así que el asunto y el objeto de la historia comparativa de los sistemas principales y ejemplares de la filosofía tienen que razonarse como momentos ya culminantes de la gnoseogonía de la razón, luego como momentos de la ontogonía de la inteligencia, —razón, inteligencia que apunta en cada pensador o filósofo en quien se individua temporalmente para realizar su obra, pero que se manifiesta siempre como cernida anacrónicamente sobre esta misma, su propia obra, y en tanto es el logos anacrónico que rige sobre dicha historia,— para que ésta pueda presentarse como la propedéutica a la ciencia esencial de todo ello, justamente la metafísica.

Resumiendo así, en repitiendo esto, es pues como puedo dar la mejor

determinación preliminar que tengo que hacer de lo que, según yo lo entiendo, se da como asunto y objeto de la historia comparativa de todas las filosofías sustentadas hasta aquí, mientras indico el fin didáctico que tiene la enseñanza de dicha historia, fin didáctico que por consiguiente he de perseguir en el presente curso: fin que es, como se infiere de lo dicho, la averiguación y establecimiento de cuáles son las formas fundamentales, cuáles las ideas esenciales, cuáles en suma las categorías dinámicas del ser que llega a ser conciencia, espíritu, filosofía, sistema, suceso de sistema, en suma sistematización totalitaria a cada momento, pero jamás finita, en que culmina la humanidad. De modo que así, desde el comienzo de este mismo curso, al abrir la perspectiva de la enseñanza que anuncio, planteo esta cuestión enteramente nueva, según me parece, de cómo son posibles estas sistematizaciones totalitarias, pero nunca finitas, en que desde hace ya más de dos milenios se vienen realizando los valores más auténticos y perdurables de la humanidad.

II

Circunscripción del tema general de una historia comparativa de los sistemas principales de la filosofía.

Ahora, para ser sucinto según me lo exige la brevedad de un curso como el que voy a intentar, tendré que limitarme forzosamente a los sistemas más típicos, o ejemplares, y qué escoger, para ello, a los autores, —cabezas cardinales, por decirlo así,— de la promoción filosófica. Y tendré que limitarme también, por esto mismo, a la exposición y apreciación críticas de las nociones centrales de cada uno de dichos sistemas, es decir, a la parte doctrinal de ellos, —en vez de extenderme, como igualmente podría hacerlo, y como otros lo han hecho ya, a considerar cada sistema en todos sus alcances y detalles. De otra manera mi exposición tendría que dilatarse tanto y en temas tales, que cada uno de éstos se ofrecería ya como tópico para un curso separado, especializado; y no es ese, no puede ser, mi propósito en este curso. Tampoco, desde otro punto de vista, dadas ya las limitaciones a que me refiero, habré de buscar reconstrucciones artificiales de cada sistema, entresacando y haciendo resaltar solamente algunas de las nociones fundamentales de ellos. No; insisto en decir que habré de buscar y que trataré de exponer lo que realmente importa, a saber, todas las nociones centrales, o básicas, que forman la doctrina o concepción doctrinal a que esencialmente puede reducirse cada sistema: doctrina, o concepción doctrinal, que entonces podré considerar y ponderar, examinar y analizar, para encontrar la apreciación crítica de lo que significa el sistema del cual es centro. Discurriendo así, en efecto, será como podré determinar el fondo de verdad que hay en cada sistema y que vale de él como contribución perpetua para el sistema de los sistemas.

No, pues, una larga extensión que vaya en perjuicio de la intensidad del estudio de los sistemas, no una profusión de detalles accesorios, sino una concreción precisa a las doctrinas, una reducción compendiosa de la verdad que ha apuntado en cada momento del progreso filosófico, es lo que voy a intentar. Y esto me trae así, también forzosamente, a la circuns-

cripción que tengo que hacer de los asuntos del presente curso; circunscripción que, a fin de que se comprenda precisa y concretamente lo que acabo de decir de una manera tan general y abstracta, voy a delinear ahora sobre la base de las siguientes definiciones elementales:

1) *POR CONCIENCIA* hay que entender el acto mental mediante el cual un individuo se da cuenta de que es sujeto de percepciones así internas como externas.

2) *POR ESPIRITU* hay que entender la suma interior y orgánica, integral mentalmente, siempre creciente pero nunca definitivamente terminada, que mantiene y sostiene la identidad que asimismo se prolonga, de los actos mentales que redundan en las conciencias; suma, pues, interior y orgánica, siempre creciente pero nunca definitivamente terminada, que se cumple a través de un sujeto creciente en la identidad de sí mismo.

3) *POR CIENCIA Y, MAS AMPLIAMENTE, POR FILOSOFIA*, hay que entender el conocimiento exacto, apodíctico, esencial que se sustrae de todo este proceso creciente en una identidad subjetiva y redundante en una unidad espiritual, y que va quedando así, consecuentemente, como aseveración, juicio lógico, apofansis vocal, proposición gramatical, —aseveración, juicio lógico, apofansis vocal, proposición gramatical que se van estableciendo, cada vez más y más precisamente, en su debida subordinación a metafísicas categorías,— acerca del mundo físico tanto cuanto acerca del mundo psíquico, para la explicación racional de éstos.

Establecidas estas tres definiciones que, como se ve, equivalen a nuevos resúmenes de todo lo que hasta aquí he expuesto; en prolongación de ellas, y para referirme a la correspondencia que hay en todo lo que así establezco, voy a tratar de dar ahora, aún más, tres precisiones ulteriores que puedan servirme a la circunscripción que estoy justamente ensayando. Y en efecto, correspondiendo a los hechos de conciencia, de espíritu, de ciencia y de filosofía, tales cuales quedan inmediatamente definidos, puedo ahora avanzar a precisiones todavía ulteriores de lo que es esta última,— lo que es ella en cuanto sistema y lo que es asimismo, de acuerdo con ello, una historia de los sistemas principales de la filosofía, de la siguiente manera:

1) Para saber más especialmente lo que hay que entender por filosofía, menester es regresar un poco en la serie de las aclaraciones que hasta aquí he tratado de hacer. Si efectivamente filosofía viene a ser el conjunto unitario y quintaesenciado de los conocimientos que componen la ciencia, y ésta es el resumen ya propiamente discernido de las representaciones que quedan de las conciencias que se integran orgánicamente en la identidad creciente que es el espíritu; puesto que el pequeño sistema que, a su manera, es ya cada conciencia, o la composición debidamente entrelazada de todos los factores de la vida psíquica o mental, claro es que la filosofía viene a revelarse como la culminación de una tendencia necesaria, como la expresión de un conato ineludible, como la realización de un esfuerzo tan espontáneo como indefectible: como la culminación, pues, de la tendencia, del conato, del esfuerzo de los actos mentales a sistematizarse

en conciencias, de las conciencias a sistematizarse en espíritus, de los espíritus a sistematizarse en ciencias, de las ciencias a sistematizarse, aún más, en filosofías. Y ciertamente una derivación, si no estrictamente etimológica, sí rigurosamente histórica, puede conducir también a esta precisión; pues si en efecto etimológicamente la filosofía quiere decir amor a la ciencia, ya el anhelo de satisfacer este amor corresponde al esfuerzo, al conato, a la tendencia a que acabo de referirme; y en verdad corresponde a un esfuerzo, a un conato, a una tendencia que denota el más sano de los vigores intelectuales, como históricamente se puede comprobar. Los griegos más eminentes del apogeo cultural de Atenas, por ejemplo, un Pericles o un Sócrates, dieron claros indicios, pruebas evidentes de que también lo interpretaron y realizaron así. Pericles, en la oración fúnebre para siempre memorable y que Tucídides transmitió a la posteridad, —la oración que, en el Cerámico o camposanto de los héroes guerreros de Atenas, pronunció delante de los restos de los soldados que habían caído en la primera batalla de la guerra contra Esparta.— se exaltó de ese modo a definir la filosofía, —esa dignidad de los griegos,— como el esfuerzo varonil, como el conato vigoroso de un pueblo que, sin blandicies, llevaba el espíritu hasta la ciencia exacta: *philokaloumen gár met' euteleis kai philosophoumen aneu malakias*, *Thucyd. II, xl, l*. Y Sócrates, según hoy se puede ver a través de todos los diálogos de Platón, tampoco vaciló en definir la filosofía como el amor varonil, el esfuerzo viril, el conato masculino, la tendencia supremamente virtuosa, —aquella *andreia* del griego, *vir* del romano, hombría, entereza personal, carácter íntegro,— de la conciencia, del espíritu, de la ciencia que todo lo reducía a definiciones exactas, a razonamientos demostrativos para lograr la técnica demiúrgica de la producción del verdadero bien. Y precisada así, pues, como el esfuerzo sin blandicies, como el conato sin flaquezas, como la virtud sin dobleces que con el espíritu que se eleva surge a través de las conciencias que se sistematizan en los actos mentales, la filosofía viene a presentarse entonces como una fuente dinámica de nobles promociones; como algo que se mueve y que mueve para progresar en lo más íntegro de la humanidad; como algo que se impone en el entrelazamiento de los hechos para que éstos se cumplan en la realización de las más altas dignidades humanas; como lo que, en fin, cual tal se sintetiza en el sistema que adquiere el valor de lo que debe transmitirse a la posteridad. Y en ese sentido hay que entender también que la filosofía, los sistemas de la filosofía, son como las culminaciones de los conocimientos que se acumulan no sólo en las personalidades o caracteres, sino en las épocas o eras, y forman la sabiduría secular o multiseular, —de un siglo o de varios siglos,— para contribuir a la sabiduría milenaria o multimilenaria, —de un milenio o de varios milenios,— que son los eones en que se forma el sistema de todos los sistemas, el totalitario a cada momento, pero a cada momento de nuevo infinito.

2) Siendo esto así, claro se hace qué es lo que aún hay que precisar para saber mejor lo que hay que entender por sistema de filosofía; el cual se presenta ahora, según se desprende de lo dicho, como el entrelazamiento ya debidamente orientado por un esfuerzo vigoroso, o conato varonil de la inteligencia, para lograr la integración superior de los elemen-

tos unitivos que se han compuesto en las conciencias, los espíritus: integración que así, según queda sugerido, se produce en el orden de los hechos mentales, de los cuales arranca, pero sobre los cuales avanza hasta el punto de trascenderlos tanto, que ya no más puede explicarse como un hecho de psicología, sino como un hecho de lógica, más aún, de metafísica o metafísica de las razones, de la razón por eso mismo trascendental que ya también he insinuado como logos anacrónico. Así, los actos de conciencias que, conforme a la definición dada antes, corresponden a los procesos mentales por medio de los cuales el individuo humano se percata o da cuenta de ser un sujeto percipiente de objetos percibidos, vienen a formar entonces, en orden a lo espiritual, sistemas inferiores; y los forman por lo mismo que en ellos se entrelazan y componen elementos unitivos de la pequeña unidad también totalitaria que ya, en su fase, es cada conciencia particular de cualquier momento de la existencia. Avanzando en complicándose en ese sentido, el proceso del mero saber que es el percatarse o darse cuenta de la percepción, llega hasta el espíritu, según igualmente queda definido. Pero todo sistema del saber que progresa como queda dicho, prueba en sí que se da ya sujeto a ciertas regularidades, uniformidades, principios y leyes que son lo que precisamente, expresión de aquella razón superior y trascendental, da e impone el orden, la composición que se perfecciona; lo cual se comprueba, ya más claramente que en el hecho particular e inferior de la conciencia, en el hecho menos particular y menos inferior del espíritu, por lo mismo que en éste, unificación totalitaria ya de aquellas unidades sistemáticas e integrables, se puede verificar más directamente que el proceso ocurre y avanza así; y todavía más claramente que en el espíritu, compruébase aun en la misma filosofía, es decir, en lo que ya es sistema más general que el espíritu, superior al espíritu, por lo mismo que ya en la filosofía se verifica demostrativamente que hasta ella el mismo proceso continúa ocurriendo y avanzando en el mismo orden y sentido. Y consecuentemente, pues, para precisar lo que así tengo que precisar y que se refiere al sistema de todos los sistemas, lo que me falta por añadir es que, definitivamente, el sistema siempre creciente, jamás finito pero a cada momento totalitario, es una culminación ulterior y siempre nueva, renovada, de todas las filosofías, cómo éstas son culminaciones de los espíritus que mejor se logran en la humanidad, cómo éstos son a su vez culminaciones de las conciencias más exactamente integradas en conocimientos, y cómo estas mismas conciencias son a su turno las culminaciones más sintéticas de los procesos mentales en que se resuelven las percepciones de lo sensible bajo el estímulo y la actividad, bajo las formas de lo inteligible.

3) Ahora bien, precisado así lo que, en correspondencia con las definiciones arriba establecidas, hay que entender por filosofía y por sistema en particular, más aún por sistema en general de sistemas, es menester que precise también ahora, qué es lo que, en suma, viene a ser la historia. Pero salta a la vista que ésta se presenta ya a todo el que reflexiona sobre su hecho, como el medio temporal donde se mueven los espíritus, las filosofías, los sistemas particulares, el sistema general de todos los sistemas. ¿Querrá ello decir entonces, por eso, que en sí es una mera transcripción de registros de las obras de las personalidades y caracteres? ¿en el

caso especial de la filosofía, transcripción de registros de las obras de los filósofos? En modo alguno, de acuerdo con todo lo que he sentido hasta aquí. Al contrario, tiene que ser más, como efectivamente lo es, mostrándose ya como ciencia de una región especial y superior de las actividades humanas; y tiene que precisarse así cual una elaboración racional, cual una cultura lógica y metalógica, cual una especulación metafísica. —más que una horografía de hechos físicos,— de los principios, leyes, regularidades, uniformidades que rigen estos hechos; de modo que, en tanto, más que mero saber, más que mera sabiduría de lo pasado que apenas se ha registrado cronológicamente, es una ciencia de lo que debe, metalógicamente, ocurrir y cumplirse en lo presente y en lo futuro. De suerte que, en ese sentido, la historia se precisa como una ciencia altamente racional e intelectual que, si puede limitarse a ser, en veces, meramente contemplativa de lo pasado, debe obligarse a investigar y establecer, a través de sus contemplaciones, los principios fundamentales de lo presente y de lo futuro; sentido en el cual, entonces, viene a presentarse como lo que, más precisamente, se puede llamar *historiología*. Y circunscrita así a la filosofía, o al suceso de los sistemas de ésta que se integran en el totalitario jamás finito, la historia se precisa, consecuentemente, como la doctrina de las razones suficientes que determinan la organización creciente y evolutiva, progresiva de aquélla, doctrina que entonces hay que entender como una sabiduría ya metafísica, por lo mismo que las razones que expone son de orden metafísico, como una elaboración racional, una cultura lógica, una ciencia especulativa no solamente de los sucesos que han ocurrido, de los hechos que se han cumplido a través de éstos, sino de los principios, leyes, regularidades, uniformidades que los rigen; de modo que, en tanto, más que mero saber, más que mera sabiduría de lo pasado que apenas se ha registrado, es una ciencia de lo que debe ocurrir y cumplirse en lo presente y en lo futuro.

En este sentido, pues, la historia se precisa como una ciencia altamente racional e intelectual que, si puede limitarse a ser meramente contemplativa de lo pasado, debe investigar y establecer a través de sus contemplaciones, la especulación de los principios fundamentales de lo presente y de lo futuro; sentido en el cual se la puede llamar entonces, así precisada, *historiología*; y ello tanto más, cuanto más se circunscribe a la filosofía, de la cual así viene a ser, no sólo registro comparativo de los sistemas que ya la componen, —que la han compuesto en lo pasado hasta lo presente,— sino ciencia de los principios que la hacen posible, ahora, según queda definido y establecido, juego como ciencia de los principios de las integraciones y sistematizaciones ulteriores de todos los sistemas por venir. En otros términos aún, circunscrita a la filosofía, o al suceso de los sistemas de ésta que se integran en un solo sistema totalitario jamás finito por lo mismo que siempre creciente, la historia se presenta y precisa entonces como la doctrina de las razones suficientes, o causas racionales que determinan el cumplimiento de semejante hecho, —la organización creciente y evolutiva, progresiva de ésta,— doctrina que entonces también se precisa como una sabiduría ya metafísica, puesto que aquellos principios, estas razones son de orden metafísico. De modo que así, en todo sentido, la historia de la filosofía se presenta como lo que mejor prepara a la metafísica.

III

Los alcances del tiempo, o la influencia de cada época o período en la formación de cada sistema de filosofía.

Que cada sistema de filosofía, así como responde a la personalidad o carácter de su autor, refleja igualmente la época o período en que aparece, —el tiempo por donde se rezuma y resume la cultura de la humanidad,— es innegable. Efectivamente, lo que en tal o cual época se ha logrado de religión, de poesía, de arte en general, de ciencia y de política, —todo, pues, cuanto es distintivo de una era,— tiene que transparentar en cada sistema de importancia para la filosofía universal. Pues cada era es, en el momento vital en que la capta el filósofo, resumen por donde se rezuma lo pasado, transparencia por donde alumbra la cultura lograda, y ese hecho es de importancia decisiva para cada sistema de filosofía, puesto que la filosofía es la síntesis siempre creciente, el sistema a cada momento totalitario, pero jamás finito a que ya me he referido. De ahí la necesidad de considerar, en la estimación de cada sistema, esta prolongación del tiempo que se resume y rezuma en los momentos vitales o eras en que son captados por los filósofos: porque sólo en consideración de este tiempo que así se prolonga, mientras se delimita en eras, ha de ser como se podrá juzgar sobre el valor de cada sistema, a fin de señalarle su diferencialidad y su integralidad, a la vez, para la continuidad de él con los demás sistemas, sin que para ello se incurra en el falseamiento doctrinal de lo que es la esencia de cada sistema en particular. En otros términos, es así como hay que comprender que tanto por lo personal cuanto por lo temporal se dan los rasgos diferenciales y los rasgos integrales de cada sistema dentro del progreso de la filosofía universal; y que por eso mismo es necesario anticipar, para un curso como el presente, precisiones de lo que significa cada época y cada personalidad para cada sistema filosófico, más aún para el sistema de los sistemas.

Comenzaré así, pues, por referirme al significado de las épocas, a los alcances de cada era para toda filosofía perdurable. Y digo, en ese sentido, que una época se precisa y define por los caracteres y rasgos en ella dominantes: por lo que, como hoy es usanza decirlo, es el común denominador de todas las manifestaciones culturales que ocurren en el período que así se circunscribe. Entre los rasgos comunes, materiales, que distinguen a una época, y los caracteres típicos, ejemplares que sobresalen en esa misma época, hay además, siempre, una reciprocidad de influencias; y es del juego de las compensaciones mutuas que así resultan, de donde surge la verdadera precisión, definición de la era, cual paso del tiempo en el progreso. ¿Cómo, entonces, es que esto ocurre? Si se mira bien en los rasgos comunes, materiales de una época, se advierte que son las realizaciones de ideas que, sin saberse por qué en la conciencia ordinaria del común de los hombres, se producen para promover esas mismas realizaciones. Ante el fenómeno de ellas el filósofo medita, se abre a su influencia, la recibe y analiza, hasta que en su conciencia extraordinaria de hombre excepcional tales realizaciones se fijan en las ideas que pasan inadvertidas por el común de los hombres, pero que por él sí se advierten, para establecerse

como los motores del progreso real de la humanidad. ¿Qué más? En cuanto los rasgos comunes, materiales de una época así se fijan, claro es que ésta queda precisada; y en cuanto el filósofo, bajo la influencia de ellos los fija además en las ideas que los han promovido y pueden seguir promoviéndolos, se precisa y define también como el carácter propio de dicha época.

No cabe duda, así, en lo que significan los rasgos de una era para los caracteres que en ella se forman, y viceversa. Por eso mismo se ve por qué los filósofos tienen que ser la realización de tales caracteres y, en tanto, la expresión óptima de la época en que les toca vivir. Un circuito de acciones y reacciones, o mutuas interacciones, repito, se establece así, y dentro de él, bajo sus influencias, ineludiblemente encuentran entonces expresión, igualmente, los sistemas de la filosofía. El alcance de la época, su significado, por eso se muestra siempre como algo indeleble en cada sistema. Y hay que tenerlo en cuenta, por tanto, en la consideración de éste ya cuando se le considera bajo los motivos de su producción en su perduración a través del tiempo histórico, —aquél que es no sólo horográfica cronología, sino metalógica historialogía. Lo eterno que pasa incólume a través de este intrincado entrelazamiento causal de los rasgos y caracteres de los períodos que forman épocas, viene a mostrarse entonces como lo que perdura de cuanto así ha tenido que producirse, siempre en este juego de causas, en eras anteriores. Los medios en que esto ocurre, —los ambientes físicos, geográficos, locales y culturales,— también allí intervienen, sin duda alguna, por sus influencias, y pueden y deben comprenderse así como fuentes independientes de las causas que componen aquel circuito de las acciones y reacciones recíprocas de las acumulaciones históricas, que son las épocas y de los caracteres ejemplares, que son los filósofos. Pues no cabe dudar en que también los medios ejercen sus decisivas influencias, aunque sean de menor importancia que las de las épocas, sobre la aparición y florecimiento de estos caracteres, que son los que en suma vienen a producir los sistemas de filosofía, síntesis de todo ello.

Y paso así, pues, a resumir lo que aquí vengo tratando de precisar. Ahora es claro, en efecto, cómo es que, en el sentido inequívoco que debe tener, se da una dependencia de las conciencias que se integran en los espíritus, de los espíritus que se integran en las filosofías, de las filosofías que culminan en los sistemas, con respecto a cada período, era o época, —acumulación histórica que se circunscribe por rasgos inconfundibles,— así como también con respecto a los medios, para la continuidad de la sistematización sin fin de la misma filosofía a través del tiempo. Ciertamente cada época, al igual que cada medio, recibe también, a su turno, la influencia determinante y modificadora, renovadora e innovadora, de los caracteres, de los filósofos que en ella viven. Pero ello ocurre en el entrelazamiento de causas de todos estos factores que intervienen en la formación misma de las conciencias, de los espíritus, de las filosofías y de los sistemas que son la culminación sintética de todo ese complicado fenómeno ya en el hecho sorprendente de saberse a sí mismo. Los alcances de cada época, pues, como las influencias de cada medio, en la producción y desenvolvimiento siempre creciente de los sistemas de filosofía, sólo pueden comprenderse debidamente dentro del complejo circuito de causalidades que

así se entrelazan. Bastaría mirar a la Grecia, en cuanto medio, de las épocas clásicas, para comprobar concretamente que así fue entonces, —como así tiene que ser siempre. Anaxágoras, Pericles y Sócrates, por ejemplo, son la expresión de la época que los domina, del medio que en ellos influye, como este medio y esa misma época vinieron a ser la modificación, renovación e innovación de estos caracteres que filosóficamente fueron la culminación sintética, sistemática de ese fenómeno tan extraordinario en la historia de la humanidad. Pero esto se comprenderá todavía mejor, después de que yo haya expuesto cómo es que la personalidad, el carácter de un pensador obra en la propia gestación de su filosofía, de su sistema, tal cual voy a tratar de exponerlo en lo que sigue.

IV

Los alcances de la personalidad, el valor decisivo que tiene el carácter de cada pensador en la gestación de su sistema.

Acabo de sugerir, suficientemente según me parece, cuáles son los alcances que tienen las épocas para las culminaciones de los desenvolvimientos integrales, siempre crecientes, de las conciencias en los espíritus, de los espíritus en las filosofías, de las filosofías en los sistemas, de los sistemas en el sistema que a cada momento totaliza éstos sin, empero, terminarlos jamás definitivamente. Al hacerlo, me he referido también al intrincado entrelazamiento que ellas, las épocas, al igual que los medios, tienen con la personalidad, el carácter de los hombres, los pensadores, los filósofos sobre los cuales influyen para recibir inmediatamente de ellos la correspondiente reacción de influencia modificadora, innovadora y renovadora. Ahora voy a limitarme a tratar separadamente del significado que en sí y por sí tienen las personalidades, los caracteres, para que se comprenda como se debe lo que representan en el culminante florecimiento de las filosofías, de los sistemas que voy a considerar en el presente curso de historia comparativa de éstos.

¿Qué es entonces, ante todo, lo que hay que entender por persona, por personalidad? Respondo sin vacilar que ante todo por ella hay que entender la idiosincrasia, o fuerza particular, cualidad potencial que se singulariza, que se va revelando sobre el fondo unitivo que va prolongándose de todas las conciencias, luego la idiosincrasia, fuerza particular, cualidad potencial que se singulariza en el sujeto no ya solamente idéntico, sino dominante de estas conciencias. De ahí que con la persona, la personalidad, se revele también ya algo del carácter, aunque hay que distinguir, posteriormente, éste de aquélla. Una especie de eje idiosincrásico, por decirlo así, que se va prolongando a medida que la vida psíquica, mental, subjetiva se va desarrollando, y que hace que toda esta vida se desenvuelva en giros que son siempre atraídos, sujetados, dominados por él. Tal es, en efecto, lo que se nos ofrece como primera revelación de la persona, de la personalidad. Pero claro es que, por ahí mismo, después se nos manifiesta como algo más, mucho más. Pues una vez que este fondo idiosincrásico de unidad y de identidad, de sujeción y de dominio se ha dado, comienza a marcarse, acentuarse, afirmarse en la vida psíquica, mental, sub-

jetiva, cuya integridad desde el punto de vista de lo meramente consciente es el espíritu, de tal manera, que también comienza a tener alcances, y en verdad decisivos, para el desenvolvimiento ulterior de este mismo espíritu, determinándolo entonces en tal o cual dirección de la cual comienza a sentirse como responsable, haciendo por eso mismo que sus integraciones y sistematizaciones ulteriores sean más eficaces en el logro de la finalidad que tienen. Entonces es cuando ya la persona, o personalidad, se manifiesta abiertamente como carácter, que es, por lo mismo, lo que en el crecimiento ulterior del espíritu que culmina en filosofía, decide sobre el sistema, ya que la tendencia, la orientación de éste depende siempre directamente del carácter, y sólo indirectamente, como se ve, de la personalidad.

En otros términos, aún: la persona, la personalidad que se constituye, primero como la idiosincrasia del fondo de identidad unitaria de las conciencias, es lo que después, en una fase superior, se revela como el carácter, que es lo que, conciencia de la propia responsabilidad, determina las tendencias, resuelve sobre las orientaciones del espíritu que culmina en una filosofía, asume un sistema, se afirma como tal.

Ahora bien, como lo que aquí interesa es esta formación ulterior de la personalidad cual carácter, puesto que es éste el que, al fin y al cabo, decide sobre la suerte filosófica de los espíritus, tengo que referirme todavía, para precisar más, al proceso de gestación que el carácter mismo sigue justamente para revelarse como la potestad de este género de decisiones. Y para ello voy a limitarme a señalar algunos casos típicos, ejemplares de los filósofos que, por lo mismo que lo fueron, ejemplifican debidamente cómo es que dicho proceso de gestación superior se cumple en la personalidad humana.

Que para elevarse sobre el mero fondo de identidad y unidad de las conciencias que ya revelan una idiosincrasia, —luego sobre la personalidad,— es necesario que ya esta misma idiosincrasia en que consiste lo personal se vuelva sobre sí misma para averiguarse en el propio proceso de su gestación inferior; que por tanto es necesario que el espíritu que así se revela como una persona, con la misma idiosincrasia de ésta, se torne sobre sí para examinarse largamente, para aprehenderse a sí misma, en su interioridad e intensidad, a través de la labor de la propia hechura, introspección y permanente aprendizaje de los motivos que hacen de ella lo que es; es cosa que desde los primeros tiempos de las filosofías, —o sea desde la primera aparición, entre los hombres, de estos logros del espíritu que son los filósofos,— se resumió y expresó veracísimamente en el mandamiento que se hizo en el epígrafe del templo oracular por excelencia, el delfico. El *gnóthi seauton* fue ya, en efecto, el resumen y la expresión, religiosa y éticamente dicha, del mandamiento para la gestación superante de la personalidad en el carácter, gestación que así se reconocía como posible sólo por medio del conocimiento intelectual de las razones regulativas de la propia personalidad; conocimiento de alcance puramente psicológico, por cuanto introspectivo, al principio, pero que en seguida tenía que hacerse lógico, más aún, metalógico o metafísico, del propio, más íntimo y esencial ser, para entonces hacerse, religiosa y éticamente, la base del carácter. Y tal fue lo que ocurrió, tras la exaltación apolínea del templo delfico en el filósofo por excelencia ejemplar, Sócrates, en quien el man-

damiento de conocerse a sí mismo, en el sentido que aquí vengo exponiendo con estos ejemplos, se cumplió entonces justamente para realizar en sí el carácter que pudo imprimir decisivamente a sus conciencias, su espíritu, su filosofía, la orientación, la dirección de un sistema perfectamente logrado de la existencia; tanto y tan bien, que desde el punto de vista de este su ejemplo, el carácter en general del filósofo viene a mostrarse como la potestad inflexible que causa, determina e impone el método o vía eficaz para lograr la finalidad filosófica de la existencia.

Aclarando y precisando más esto, lo que significa la personalidad ya como carácter intelectual que determina y orienta la culminación de los espíritus en sistemas de filosofía, es pues la estructuración superior del fondo subjetivo, unitario y promotor de la identidad de las conciencias que entran en esa determinación y orientación. Por eso mismo significa también ya, la estructuración de las esencias racionales que determinan y orientan la gestación del tipo humano que culmina en filosofía, hacia la realización de un arquetipo ideal: la estructuración superior donde los motivos que se desarrollan en todo este proceso, se dan y se determinan entre sí libremente por cuanto teológicamente. Y bien claro es, por todo lo expuesto hasta aquí, que tiene que ser así, —que no puede ser de ninguna otra manera,— ya cuando se trata de la personalidad de un espíritu que se logra en una filosofía, puesto que para ello se necesita todo esto. Sin una personalidad gestionada así, no se habría dado ninguna filosofía; sin un carácter pre-vaaciente de esa manera, tampoco habría surgido ningún filósofo.

Lo que, pues, yo tenía que decir sobre los alcances de la personalidad, sobre el valor decisivo del carácter de cada hombre para la producción superante de su espíritu en sistema de filosofía, queda así sucintamente dicho. La verificación minuciosa de ello puede obtenerse por el estudio de las obras de todos los grandes creadores de los sistemas ya existentes de la filosofía, que son los que han dado expresión ejemplar a cada época, era o periodo. El mero hecho de darse tales obras es ya la prueba de conjunto más evidente de que es así. Ni ¿de qué otra manera habrían podido, esos mismos creadores ejemplares de la filosofía, producir tales obras, realzar sus espíritus en las síntesis que, como sistemas, son ellas de cada momento importante de la historia de la humanidad? ¿cómo, si no así, habrían entonces podido cumplir con su misión o destino? Un Anaximandro y un Heráclito, un Pitágoras y un Jenófanes, un Parménides y un Anaxágoras, un Sócrates y un Platón, un Aristóteles, un Crisipo, un Plotino, un Agustín de Tagasto, un Tomás de Aquino, un Descartes, un Leibnitz, un Spinoza, un Kant, pudieron llegar a ser lo que fueron, dando el ejemplo típico y para siempre perdurable de la elaboración integral y sistemática de sus conciencias en sus espíritus, de sus espíritus en sus filosofías, de sus filosofías en sus sistemas, para integrarse en el sistema infinito, aunque a cada momento transitoriamente totalitario, que ya se da de la humanidad en su más alta valía, sólo de la manera que dejo delineada. Y el filósofo que de hoy en adelante quiera, resuelva, decida y tienda a ser tal en el sentido latísimo, pero ya bien preciso, que así se desprende de esto mismo que vengo exponiendo, no podrá serlo si no llega a ser el sabedor exactísimo de todo ello, el gestor consecuente de esa misma labor de superación filosófica por la personalidad y el carácter.

De ahí la necesidad que, para concluir sobre este punto, quiero reconocer también, en lo relacionado con el presente curso de historia comparativa de los sistemas principales de la filosofía. Comoquiera que la personalidad, el carácter de cada pensador, filósofo, autor de sistema, se dilucida en gran parte por la vida particular de cada uno, es menester también anteponer y considerar, antes de la estimativa de la personalidad y del carácter, una biografía, por sucinta que sea, pero suficiente para servir de base a la comprensión de las reacciones no sólo contra el medio geográfico, social y político, sino contra la época en que aquella vida transcurrió.

V

La sistematización filosófica es obra de una inteligencia vivificante e integrante, de una razón gnoseogónica y orgánica, de un logos anacrónico e inextirpable de los espíritus individuales que sobresalen en la superconciencia genérica, que entonces se muestra como el sistema de todos los sistemas.

Finalmente, pues, tras haber precisado y definido lo que las épocas, las personalidades y caracteres significan como factores de las diferentes filosofías, tengo ahora que precisar y definir también lo que es la inteligencia que da vida e integra a los espíritus, la razón gnoseogónica y orgánica de éstos, lo que ya he llamado el logos anacrónico, raíz inextirpable de la cual se regenera perennemente la sabiduría que culmina en los sistemas filosóficos, más aún en el sistema totalitario a cada momento posible, pero jamás absolutamente finito, a que he venido refiriéndome. Así, en efecto, circunscritos los alcances que en cada época, cada personalidad o carácter tiene para la elaboración de cada uno de dichos sistemas, ahora se podrá comprender mejor cómo es que, continuándose y prolongándose siempre ese mismo proceso, él avanza a cada momento hacia las integraciones y totalizaciones de los espíritus individuales que expresan tales sistemas, para culminar en la superconciencia genérica que viene a formar en cada momento el sistema de los sistemas. Que si así se prueba cómo es que necesaria, ineludiblemente el proceso iniciado de la conciencia humana tiende a una síntesis de todo saber que sistemáticamente se va logrando; y si así se muestra, entonces, cómo es que, para semejante logro, se impone una razón gnoseogónica y orgánica que es la manifestación del logos anacrónico y trascendental al cual ya he aludido; se tendrá que comprender también por qué este logro tiene que terminar en el sistema siempre totalitario ya, pero jamás finito de todos los sistemas, en el verdadero filósofo; sistema totalitario que lógicamente tiene que presentarse entonces como el pródromo o propedéutica de toda perquisición futura de la metafísica, la sabiduría por excelencia de los primeros principios de las cosas.

Ahora bien, si como ya lo he dicho cada suceso de conciencias particulares que se integran en un espíritu, cada espíritu que se supera en una filosofía, cada filosofía que se perfecciona en un sistema, tiende al sistema de todos los sistemas para buscar la metafísica a la cual prepara la historia de todo este proceso, como también acabo de repetirlo; siendo tal proceso un hecho necesario, luego ineludible, —aunque se ha cumplido

hasta aquí y sigue y seguirá cumpliéndose sólo en hombres excepcionales,— tiene que obedecer a una causa racional que está por encima de todas las épocas, logos anacrónico y razón gnoseogónica de la inteligencia que así viene a vivir en los espíritus cuyas culminaciones filosóficas son los verdaderos valores históricos; pues la historia es la perpetuación que los espíritus así, logran de sus propias valoraciones perdurables, y la vivencia de tal perpetuación se da solamente cuando, —repito aún,— se culmina en un sistema capaz de integrarse en el totalitario; y en consecuencia la precisión que se desprende de ello, y que yo tenía que hacer sobre este punto, se formula de la siguiente manera: que la auténtica, legítima historia de la filosofía, cuyo suceso, progreso, es el suceso, el progreso que promueve una razón incesantemente orgánica y gnoseogónica bajo el amparo de una modalidad lógica, —logos anacrónico,— que está por encima de toda época, es la obra de una inteligencia que inagotable, interminablemente se resuelve, por esta misma razón y por este mismo logos, en conciencia, en espíritu, en filosofía y en sistema. Y todo el sorprendente y admirable fenómeno que así viene a ser dicha historia, se revela entonces, pues, como el contenido en que se genera aquella razón, la sustancia en que se sustantiva aquel logos, la vida perpetuable de sí misma en que se constituye la inteligencia; tanto, que saber la filosofía en sabiendo su historia para saber la metafísica, equivale entonces a adquirir la superconciencia genérica del ser y del saber, primer paso del filósofo para hacer de sí el artífice que sabiamente logra los fines de la existencia, el demiurgo del cosmos, *hombre ya eónico*.

Mas esto necesita aún otra explicación, que será ya la última de esta lección. El logos anacrónico, razón permanente de la organización de las conciencias en las integraciones que forman los espíritus; la inteligencia vivificante que hace de éstos filosofías y sistemas, se manifiesta entonces como una potencia eternal de esquemas, —más propiamente aún: de categorías,— a través de los cuales las series por donde se genera el ser se promueven por arquetipos que surgen de estos mismos esquemas o categorías: por arquetipos cuya finalidad está en la realización de sí mismos en tipos superiores que sirvan de modelo y atracción a los comunes, los prototipos que justamente vienen a ser los filósofos verdaderos, entes perfectos, ejemplos de la perfección de la humanidad. Y digo esto así, tan abstractamente, —esto que de suyo tiene que ser siempre abstruso,— para la explicación a que me refiero, porque no es de otra manera como puedo expresar con brevedad, cual lo exigen los límites de esta lección, la verdad de que si se ejerce una razón orgánica y gnoseogónica, si prevalece un logos anacrónico y trascendental, si se realiza una inteligencia vivificante e integrante que se constituye en los espíritus, tal razón, logos, inteligencia tienen que manifestarse a través de categorías, esquemas, arquetipos que se forman por la propia, libre, espontánea, pero regular, uniforme, y necesaria, también, actividad de la intelectualidad, logicidad, racionalidad en que radica toda existencia. Pues la logicidad, la racionalidad son manifestaciones esenciales, eternas de la actividad puramente intelectual, siendo el logos, como aquí hay que entenderlo, la modalidad metalógica de la inteligencia que, para ser, comienza por modificarse en categorías y en noemas, y siendo la razón la modalidad ulterior que, ya como potestad cognoscitiva, en-

laza las nociones en que se precisan y fijan las categorías y los noemas, con los posteriores datos sensibles, para generar, más allá de la mera percepción, la conciencia que se desarrolla en conocimiento. Y así, pues, al hablar aquí de una inteligencia metafísica, de un logos anacrónico y de una razón gnoseogónica, no hablo de entidades imaginarias, sino de las potencias esenciales, de las facultades reales que aparecen en el fondo del espíritu humano para producir el sér y el saber en el proceso que hasta aquí he venido considerando en general, pero que en las lecciones siguientes expondré en particular: proceso en el cual ya se puede ver, como habrá de seguirse viendo, que el entender puro, para comenzar a ser y a saber, es ante todo cogitación, y que al cogitar cogita logizando, razonando, de modo que es siempre lógica y racionalmente como promueve (*co-agit*, de *cum* y de *agere*) este sér y saber en que conjuntamente viene a realizarse.

Y es de este modo, por tanto, como lo que digo tan abstractamente para dar la última explicación que tenía que dar, finalmente debe comprenderse ya todo el proceso que va a ser asunto y objeto del presente curso de historia comparativa de los sistemas principales de la filosofía. Sin el impulso de una razón que estimule a la elevación de las conciencias en los conocimientos; sin el ejercicio de un logos que obligue estos conocimientos a entrelazarse lógicamente; sin la acción de una inteligencia que integra todos estos conocimientos así entrelazados en un espíritu, no habría ni filosofía ni sistema alguno de ella, ni por consiguiente se daría la metafísica que sólo puede dar la explicación cabal de este enigma que son por un lado el sér y por otro lado el saber. El fundamento de ello está en todo lo que he tratado de exponer hasta aquí y que ahora, para concluir, repito una vez más resumiéndolo en lo que no me cansaré de reiterar para inculcarlo bien en el ánimo de los futuros investigadores de este tema: que una conciencia, un espíritu, una filosofía, un sistema que llega a culminar en metafísica, representa un logro definitivo del sér y del saber que se explican a sí mismos, y que lo representa porque justamente es el cumplimiento de los principios más profundos y la aproximación a los fines más altos de la existencia, tales cuales he tratado de captarlos y bosquejarlos en esta lección.
